

cada señora desde mil puntos; ir de las galerías á los palcos, de los palcos á las galerías; pasear, hacer corro, vagar toda la noche aquí y allí sin rozar con el codo ánima viva. Las demás partes del edificio son proporcionadas á la principal: corredores, escaleras, vestibulos de gran palacio. Hay salones de baile, grandes y magníficos, en los cuales se podría construir otro teatro. Y sin embargo, aun allí, donde los buenos barceloneses no deberian pensar en otra cosa que en repararse de las fatigas del dia contemplando sus hermosas y soberbias mujeres, aun allí los buenos barceloneses compran, venden, juegan y trafican como almas condenadas. Obsérvase en los corredores un ir y venir continuo de agentes de bolsa, comisionados de comercio y portadores de despachos, y aquel constante vocerío propio de un mercado. ¡Bárbaros! ¡Cuántas lindas caras, cuántos hermosos ojos, cuántas estupendas cabelleras negras en aquella multitud de señoras! Antiguamente, para cautivar el corazon de sus damas, los enamorados catalanes se inscribian en las hermandades de disciplinantes, é iban bajo sus ventanas con una escoba metálica á hacerse brotar sangre de las carnes: las bellas los alentaban gritando: «Pégate, pégate todavía, así, ahora te amo y soy tuya.» Cuántas veces hubiera yo exclamado aquella noche: «Señores, por caridad, dadme una disciplina metálica!»

Partí para Zaragoza á la mañana siguiente, ántes de la salida del sol, no sin que me entristeciera, si

digo la verdad, el dejar á Barcelona, por más que hubiera estado allí tan pocos días. Bien que no sea con mucho *la flor de las bellas ciudades del mundo*, como la llamó Cervantes, agradóme esta ciudad traficante y almacenera, desdeñada de poetas y pintores, y me inspiró respeto su pueblo laborioso. Además de que es siempre triste partir de un lugar cualquiera, aunque extranjero, con la certeza de que no se volverá á ver más. Es como dar un adios para siempre á un compañero de viaje, con el cual hayais pasado sabrosamente veinticuatro horas: no es un amigo, y os parece amarlo como tal, y acaso lo recordareis toda la vida con un sentimiento de deseo más vivo que á muchos á quienes dais el nombre de amigos. Volviéndome á mirar otra vez todavía la ciudad desde la ventanilla del *vagon*, viéronme á los lábios las palabras de don Alvaro Tarfe en el *Quijote*:—*¡Adios, Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, pátria de los valientes, adios!*—Y añadí amargamente:—*¡Hé aquí la primera página cortada del rosado libro de viaje! Así pasa todo... Otra ciudad aún, luego otra, otra todavía... y despues... volveré, y el viaje habrá sido un sueño, y me parecerá no haberme movido siquiera de mi casa... y luego otro viaje... y de nuevo ciudades, y de nuevo despedidas melancólicas, y de nuevo un recuerdo vago, como de otro sueño... y al fin... Libres Dios de que en viaje se apoderen de vosotros estos pensamientos. Mirad el cielo y el campo, y recitad versos, y fumad. ¡Adios, Barcelona, archivo de la cortesía!*

II.

ZARAGOZA.

El Monserrat.—Lo que sabían aquellos niños.—Último paisaje catalán.—Aragón!—El castillo de Monzon.—En un *wagon* de segunda clase.—La mano de una monja.—Cuidado con las mujeres...—Zaragoza de noche.—El traje aragonés.—Las calles; recuerdos del sitio de 1809.—Nuestra Señora del Pilar.—Lo que puede con un sacristán haber nacido en el barrio Pio.—La Seo.—Un francés que anda en busca de su mujer.—Los hermanos Argensola.—El placer de Rousseau.—En la Torre Nueva.—Los republicanos de Zaragoza: el republicano feroz y el republicano galante.—Viaje del Rey don Amadeo; su entrada en la ciudad; el célebre discurso del Alcalde; cómo le recibió el pueblo.—Visita al general Espartero en Logroño.—Mi última noche en Zaragoza.

A poca distancia de Barcelona comienzan á verse las rocas dentadas del famoso Monserrat, extraño monte que á primera vista infunde la sospecha de una ilusión óptica: tan difícil es creer que la naturaleza haya llevado hasta aquel punto las extravagancias del capricho. Imaginaos una série de sutiles triángulos que se tocan, como aquellos que hacen los niños para representar una cadena de montañas, ó bien una corona extendida á lo largo como la hoja de una sierra, ó tantos pilones de azúcar puestos en fila, y tendreis idea de la forma que ofrece á lo lejos el Monserrat. Es un conjunto de conos inmensos que se alzan el uno junto al otro, y el uno sobre el otro;

ó mejor, un solo gran monte formado de cien montes, hendido de arriba á bajo casi hasta la tercera parte de su altura, de manera que presenta dos grandes masas alrededor de las cuales se agrupan las menores: en las partes altas árido é inaccesible; en las bajas poblado de pinos, encinas, madroños y enebros; roto aquí y allá por grutas desmesuradas y espantosos barrancos, y sembrado de ermitas que blanquean por los aéreos riscos y en las profundas gargantas. Sobre la hendidura del monte, en medio de las dos cimas principales, se alza el antiguo convento de los Benedictinos, donde Ignacio de Loyola meditó en su juventud. Cincuenta mil personas, entre peregrinos y curiosos, van cada año á visitar el convento y las grutas, y el día 8 de Setiembre se celebra allí una fiesta á la cual concurre muchedumbre innumerable de gente de todas partes de Cataluña.

Poco ántes de llegar á la estacion en que se descende para subir al monte, invadió mi coche una tropa de muchachos acompañados de un sacerdote, alumnos de un colegio de no sé qué aldea, que iban á pasar el día en el convento de Monserrat. Eran todos catalanes; graciosas caras blancas y sonrosadas, con grandes ojos. Cada cual llevaba un canastillo, y dentro de él pan y fruta; alguno un album, y otros un antejo: hablaban y reían todos á un tiempo; se revolvían sobre los bancos y armaban un estrépito del mismísimo demonio. Por más que alargase el oído y aguzara el entendimiento, no conseguí coger palabra del maldito lenguaje que graznaban. Trabajé conversacion con el sacerdote.

—Mire usted,—me dijo despues de las primeras palabras, señalándome uno de los muchachos:—aquel niño sabe de memoria toda la poética de Horacio; ese otro resuelve problemas de matemáticas que es cosa de asustarse; este de aquí ha nacido para la filosofía.....

Y hablando de esta suerte, me enteró de las dotes principales de cada uno. Interrumpióse de repente, y gritó:

—*Barretina!*

Todos los muchachos sacaron del bolsillo la roja *barretina* catalana, y lanzando gritos de alegría se la pusieron en la cabeza; cuál toda hácia atrás, que le caia sobre la nuca, cuál toda hácia adelante, que le tapaba la punta de la nariz: desaprobaba el sacerdote con ademanes, y entónces los que la tenian sobre la nuca se la echaban sobre la nariz, y los que la tenian sobre la nariz se la echaban sobre la nuca; y de aquí risas, exclamaciones y palmeteo de manos. Acerquéme á uno de los más juguetones, y así como por mofa, seguro de que sería lo mismo que hablarle á las paredes, le pregunté en italiano:

—¿Es la primera vez que haces una expedicion al Monserrat?

El muchacho estuvo un poco en suspenso, y luego me respondió muy despacio:

—*Ci so-no già sta-to altre volte.* (He estado ya otras veces.)

—¡Ah, caro niño!—le grité con un contento difícil de imaginarse;—¿dónde has aprendido el italiano?

Aquí tomó el sacerdote la palabra para decirme

que el padre de aquel muchacho habia vivido algunos años en Nápoles. Mientras yo me volvia hácia mi pequeño catalan á fin de entablar discurso, un malditísimo silbido, y despues un malditísimo grito de: Olesa, que es el lugar desde el cual se sube al monte, me cortó la palabra en los lábios. Saludóme el sacerdote, precipitáronse fuera del coche los muchachos, y volvió á partir el tren. Saqué entónces la cabeza por la ventanilla para saludar á mi pequeño amigo.

—*Buona passeggiata!*—grité.

Y él, como masticando las sílabas:

—*A-di-o!*

Reiráse alguno al ver que recuerdo estas nimiedades: son, sin embargo, los placeres más vivos que se experimentan viajando.

Las ciudades y lugares que se ven al atravesar Cataluña camino de Aragon, son casi todos poblados y floridos, y los rodean casas industriales, fábricas y edificios en construccion: por todas partes se ve surgir tras de los árboles densas columnas de humo, y un ir y venir de labradores y negociantes en todas las estaciones. Hasta la ciudad de Cervera la campiña es una sucesion de llanuras cultivadas, de amenas colinas, de vallecillos pintorescos cubiertos de bosques y dominados por viejas fortalezas. En Cervera comienzan las grandes extensiones de terreno árido, con pocas casas diseminadas, que anuncian ya la vecindad de Aragon. Pero luego, de improviso, se entra en un valle sonriente cubierto de olivos, de vides, de moreras y árboles frutales;

poblado de villas y de aldeas: á un lado se ven las altas crestas de los Pirineos; al otro las montañas aragonesas; Lérida, la gloriosa ciudad de los diez asedios, escalonada á lo largo de la orilla del Segre, sobre la falda de hermosa colina; en cuanto alcanzan los ojos, una pompa de vegetacion, una variedad de perspectivas, un golpe de vista magníficos. Es el último paisaje de la campiña catalana. De allí á pocos minutos se entra en Aragon.

Aragon! Cuántas leyendas de guerras, de bandos, de reinas, de poetas, de héroes, de amores famosos despierta en la memoria este sonoro nombre! La vieja, noble y altiva Aragon, sobre cuya frente brilla el rayo más espléndido de la gloria de España! En su escudo secular lleva escrito con caracteres de sangre: Libertad y valor! Cuando el mundo se encorvaba bajo el yugo de la tiranía, el pueblo aragonés decia á sus reyes:—«Nos, que somos tanto como vos, y que juntos valemos más que vos, os hacemos Rey si guardais nuestros fueros y libertades; é si nó, no.» —Y sus reyes se arrodillaban ante la majestad de los magistrados populares, y prestaban juramento sobre la fórmula sagrada. En la barbarie de la Edad Media, la fiera gente aragonesa no conocia la tortura; el juicio secreto estaba proscrito de sus códigos; todas sus instituciones protegian la libertad del ciudadano, y la ley imperaba con imperio absoluto. Mal contentos de la estrecha patria, bajaron de las montañas, de Sobrarbe á Huesca, de Huesca á Zaragoza, y entraron vencedores en el Mediterráneo. Unidos á la fuerte Cataluña, redimieron del señorío

de los árabes las Baleares y Valencia; combatieron á Murat por el derecho ultrajado y la conciencia violada; domaron á los aventureros de la casa de Anjou, despojándolos de las tierras italianas; rompieron las cadenas del puerto de Marsella, que penden aún de los muros de sus templos; señorearon el mar desde el golfo de Tarento á las bocas del Guadalquivir con las naves de Roger de Lauria; sojuzgaron el Bósforo con las naves de Roger de Flor; desde Rosas á Catania corrieron el Mediterráneo en alas de la victoria; y como si fuera estrecho el Occidente para su grandeza, fueron á grabar en la cima del Olimpo, sobre las piedras del Pireo, en los soberbios montes que son casi las puertas del Asia, el nombre inmortal de la patria.

Estos pensamientos (aunque no justamente con las mismas palabras, porque no tenia á la vista un cierto opúsculo de Emilio Castelar) revolvía yo en mi mente á tiempo de entrar en Aragon. Y como primera novedad, ofrecióseme á los ojos, sobre la orilla del Cinca, el pequeño lugar de Monzon, notable por famosas asambleas que allí tuvieron las Córtes, y por repetidos asaltos y defensas de españoles y franceses: suerte que fué comun, durante la guerra de la Independencia, á casi todos los pueblos de aquella provincia. Monzon está echado á los piés de formidable monte, sobre el cual se alza un castillo negro, siniestro, enorme, como hubiera podido imaginarlo el más sombrío entre los señores feudales para condenar á una vida de terror al más odiado entre sus señoríos. La *Guia* misma se detiene delante de

este monstruoso edificio, y prorumpe en una exclamacion de tímido asombro. No hay, creo yo, en toda España otro lugar, otro monte, otro castillo que representen mejor la medrosa sumision de un pueblo oprimido y la amenaza perpétua de un señor feroz. Un gigante que aprieta la rodilla sobre el pecho de un jóven tendido en tierra, es semejanza mezquina para dar imágen de la cosa: tal fué la impresion que causó en mí, que no sabiendo siquiera tener en la mano el lápiz, me ingenié para bosquejar como pudiese aquel paisaje, á fin de que no se me fuera de la memoria; y estando en ello, me encontré que habia hecho tambien el primer verso de una balada lúgubre.

Pasado Monzon, la campiña aragonesa no se compone más que de vastas llanuras cerradas en lontananza por largas cadenas de rojizos montes, con pocas y miserables aldeas, y algun que otro collado solitario sobre el cual se ennegrecen las ruinas del antiguo castillo. Aragon, tan floreciente bajo sus reyes, es ahora una de las provincias más pobres de España. Sólo á orillas del Ebro, y á lo largo del canal famoso que desde Tudela se extiende en diez y ocho leguas hasta cerca de Zaragoza, canal que á un tiempo mismo sirve para el riego de los campos y el trasporte de sus productos, tiene un tanto de vida el comercio; en lo restante, ó languidece, ó ha muerto. Las estaciones del camino de hierro están desiertas: cuando el tren se detiene, no se oye otra voz que la de algun viejo *trovador* que estropea la

guitarra, canturreando una canción monótona que volveis á oír despues en todas las estaciones, y sucesivamente en las ciudades aragonesas, mudadas las palabras, eternamente igual el motivo.

No habiendo nada que ver fuera de la ventanilla, me volví hácia mis compañeros de viaje. Estaba el coche lleno de gente; y como en España los vagones de segunda clase no suelen tener nada que los divida, éramos cuarenta entre viajeros y viajeras, todos visibles uno al otro: sacerdotes, monjas, chiquillos, criadas, y otros personajes que tanto podian ser negociantes como empleados ó como agentes secretos de D. Carlos. Los sacerdotes fumaban, segun es usó en España, su cigarrillo, ofreciendo amablemente á los vecinos petaca y papel; otros comian á dos carrillos, pasándose de mano en mano una especie de vejiga que, comprimida con ambas, dejaba escapar un chorro de vino; otros leian periódicos, arrugando de rato en rato el entrecejo con ademán de profunda meditacion. Cuando un español está acompañado, no se lleva á la boca un casco de naranja, ó un pedazo de queso, ó un bocado de pan, si antes no ha rogado á todos que coman con él; de modo que yo veia pasar bajo mis narices fruta, pan y vasos de vino, y qué se yo cuanto más; cada cosa acompañada de un cortesano:—¿Quiere V. comer conmigo?—al cual respondia:—Gracias,—bien contra mi cuerpo (es la frase que conviene), porque tenia un hambre de conde Hugolino. Delante de mí, propiamente con los piés casi tocando á los míos, iba una monja, jóven á juzgar por la barba, que era

la única parte de su rostro que se descubria bajo el velo, y por una mano que dejaba con abandono sobre las rodillas. Tuve fijos en ella mis ojos más de una hora, aguardando que alzase la cara, pero se estuvo inmóvil como una estatua. Y sin embargo, era fácil colegir de su actitud que hacía un esfuerzo para resistir á la naturalísima curiosidad de mirar en derredor, lo que precisamente despertó en mí un sentimiento de admiracion. Qué constancia! pensaba. Qué vigor de voluntad! Qué fuerza de abnegacion hasta para las cosas más pequeñas! Qué noble desprecio de las vanidades humanas! Estando en estos pensamientos, dirigí los ojos hácia su mano, (era una mano blanca y pequeña), y me pareció verla moverse; miro mejor, y veo que sale despacio, despacio fuera de la manga, y alarga los dedos, y se apoya en la rodilla, algo adelante, así, como dejándola colgar, y se vuelve un poco de un lado, y de nuevo se recoge, y de nuevo se extiende... Dios del cielo! Buen desprecio de las vanidades humanas! Era imposible engañarse: todo aquel trabajo se habia hecho para poner en evidencia la manita. Y no alzó una sola vez la cabeza en todo el tiempo que estuvo allí, y no dejó ver el rostro ni siquiera al apear-se. ¡Oh inescrutables profundidades del alma femenina!

Estaba escrito que en aquel viaje no debía encontrar amigos más que entre los curas. Dirigióme la palabra un sacerdote ya anciano, de aspecto benévolo, y trabamos una conversacion que duró casi hasta Zaragoza. Al principio, cuando supo que era italiano, estuvo suspenso un poco, acaso discurrien-

do que yo podía ser uno de aquellos que desencajaron las cerraduras del Quirinal; mas como luego le dijese que no me ocupaba de política, se serenó y habló con entera confianza. Caimos en la literatura: yo le dije toda la *Pentecoste* de Manzoni, que le hizo andar en vilo; él á mí una poesia del célebre Fr. Luis de Leon, poeta religioso del siglo XVI: con esto trabamos amistad. Así que llegamos á Zuera, penúltima estacion conforme se va á Zaragoza, se levantó, saludóme, y puesto el pié en el estribo, de improviso se volvió para murmurar á mi oido:

—Cuidado con las mujeres, que tienen muy malas consecuencias en España.

Bajó despues, se detuvo para ver partir el tren, y alzando una mano en ademan de admonicion paterna me dijo otra vez:

—Cuidado!

Llegué á Zaragoza muy entrada la noche, y al momento de apearme hirió mi oido la cadencia particular con que hablaban los cocheros, los mozos y los muchachos que se disputaban mi equipaje. Puede decirse que en Aragon se habla el castellano, áun por el pueblo bajo, bien que un si es no es estropeado y con algunos barbarismos; pero al español de las Castillas le basta media palabra para reconocer al aragonés, y no hay en realidad un castellano que no sepa imitar aquel acento, y no lo ponga á veces en ridículo, por lo que tiene de tosco y de monótono: poco más ó ménos, como se hace en Toscana con el hablar de la gente de Luca.

Entré en la ciudad con un cierto sentimiento de

trémula reverencia: imponíame la fama terrible de Zaragoza, y casi me remordia la conciencia de haber profanado tantas veces su nombre en la escuela de retórica, cuando lo arrojaba como un guante de desafío al rostro de los tiranos. Las calles estaban desiertas; no veía más que el negro contorno de los tejados y de los campanarios bajo el cielo lleno de estrellas, y no oía más que el ruido de los ómnibus que se alejaban. Antojábaseme, á la vuelta de ciertas calles, ver lucir en las ventanas cañones de fusil y puñales, y oír ayes lejanos de heridos. Hubiera dado no sé cuánto por que despuntase el día, para saciar la vivísima curiosidad que me estimulaba á visitar una por una aquellas calles, aquellas plazas, aquellas casas á que dieron fama luchas desesperadas y matanzas horribles, retratadas por tantos pintores, cantadas por tantos poetas, y soñadas por mí tantas veces ántes de partir de Italia, cuando me decia á mí mismo lleno de júbilo:—Las verás!—Llegué finalmente á la fonda; miré con fijeza al camarero que me condujo á la habitacion, sonriéndole cariñosamente como para decir:—No soy un invasor, no me desuelles;—y despues de dar una ojeada á un gran retrato de D. Amadeo, colgado en las paredes del corredor, en un rincon, para especial contento de los viajeros italianos, me metí en la cama, cayéndome de sueño como uno cualquiera de mis lectores.

Al rayar el día me precipité fuera de la fonda. No habia aún tienda, ni puerta, ni ventana abierta;

pero apenas hube puesto el pié en la calle, euando se me escapó un medio grito de estupor. Pasaba una cuadrilla de hombres tan extrañamente vestidos, que á primera vista creí que fuesen máscaras; luego pensé: no, son comparsas de teatro; luego más tarde: no, ni áun eso, son locos. Figuraos: por sombrero, un pañuelo rojo anudado en torno de la cabeza, á modo de rodete, del cual salian por cima y por bajo los cabellos enmarañados; una cubierta de lana, de rayas blancas y azules, echada á guisa de manto, ámplia, colgando casi hasta el suelo, como una toga romana; ancha faja azul ajustada á la cintura; un par de calzones cortos, de veludo negro, oprimidos sobre la rodilla; las medias, blancas; una especie de sandalias con cintas negras cruzadas sobre el pié; y en esta artística variedad de traje, las huellas evidentes de la miseria; y con esta evidencia de miseria un no se qué de teatral, de altivo, de majestuoso en el talante y en los gestos, un aire de grandes de España caidos, que al verlos no sabe uno si debe reirse ó compadecerse; si se ha de llevar la mano al bolsillo para dar una limosna, ó se ha de quitar el sombrero en ademan de reverencia. Y no son más que campesinos de las cercanias de Zaragoza. Pero esta que he señalado, es solamente una de las mil variedades que ofrece aquella manera de vestir. Siguiendo adelante, encontrábalas nuevas á cada paso: los hay que visten á la antigua, otros que á la moderna; los elegantes, los sencillos, los alegres, los severos; cada uno con faja, pañuelo, medias, corbata y chaleco de colores diversos: las

mujeres con la enagua y las faldas cortas, que dejan ver algo de la pierna, y las caderas levantadas desmedidamente; los muchachos, tambien los muchachos, con su manta de rayas y su trapo en la cabeza y sus actitudes dramáticas, lo mismo que los hombres. La primera plaza en que di estaba llena de gente, y ésta dividida en grupos; quién sentado en los umbrales de las puertas, quién apoyado sobre las esquinas; alguno tocando la guitarra; otros cantando; muchos en movimiento, pidiendo limosna, sin que el llevar las ropas destrozadas y llenas de remiendos les impidiese andar con la cabeza alta y los ojos fieros: parecian gente recién salida de una velada, donde todos juntos hubieran representado una tribu salvaje de algun país desconocido. Abriéronse poco á poco las tiendas y las casas, y el pueblo zaragozano se derramó por las calles. Los ciudadanos no se diferencian nada de nosotros en el vestir; pero tienen algo de particular en el rostro: á la seriedad de los habitantes de Cataluña, se junta en ellos el aire despierto de los habitantes de Castilla, avivado todavia por una expresion de altivez enteramente propia de la sangre aragonesa.

El aspecto de las calles de Zaragoza es severo, casi triste, como lo imaginaba antes de conocerlas. Fuera del Coso, que es una ancha calle que atraviesa buena parte de la ciudad describiendo gran arco semicircular,—el Coso, famoso antiguamente por las corridas, justas y torneos que allí se cele-

braban en las fiestas públicas,— fuera, digo, de esta calle hermosa y alegre, y de unas cuantas recientemente renovadas, que parecen calles de ciudades francesas, las demás son estrechas, tortuosas, flanqueadas de casas altas de color oscuro y pocas ventanas, semejantes á fortalezas. Son calles que tienen un aspecto, un carácter, ó como otros dicen, una fisonomía peculiar que, vista una vez, no se borra nunca de la memoria. Durante toda nuestra vida, cuando oigamos nombrar á Zaragoza, verá uno aquellas paredes, aquellas puertas, aquellas ventanas, como si las tuviese delante. Yo veo en este momento la plaza de la Torre Nueva, y podría dibujar casa por casa, y pintarlas todas dándole á cada una su color; paréceme respirar aún aquel aire (tan vivas conservo las imágenes), y repito lo que dije entónces:—Esta plaza es tremenda.—Por qué? No lo sé; habrá sido una ilusion mia; sucede con las ciudades lo que con las fisonomías; que cada uno lee en ellas á su modo. Las calles y las plazas de Zaragoza tienen para mí ese sentido. A cada revuelta, decia:—Este lugar parece hecho para combatir;—y miraba en torno, como si faltase allí algo; una barricada, las aspilleras, los cañones. Volvia á experimentar la profunda conmocion que me habian producido los relatos del horrible asedio; veia exactamente la Zaragoza de 1809, y corría de calle en calle con curiosidad creciente, como para buscar las señales de aquella lucha titánica que ha llenado de terror el mundo. Por aquí, pensaba, señalándome á mí mismo el camino, por aquí debió pasar la divi-

sion Grandjean; de allí desembocó acaso la division Musnier; de este lado se lanzaría al combate la division Morlot. Adelanté, hasta la rinconada: me parece que aquí se verificó el asalto de los cazadores del Vístula; otra vuelta más: aquí atacaron los cazadores polacos; allí abajo fueron degollados trescientos españoles; en este sitio estalló la gran mina que hizo saltar por los aires una compañía del regimiento de Valencia; en aquel ángulo murió el general Lacoste herido de un balazo en la frente. Hé ahí las calles famosas de Santa Engracia, de Santa Mónica, de San Agustín, por las cuales los franceses avanzaron hácia el Coso de casa en casa, á fuerza de minas y de contraminas, entre los desprendimientos de muros enormes y los escombros humeantes, bajo una tempestad de balas, de metralla y de piedras; hé ahí las encrucijadas, las plazuelas, los soportales oscuros donde se riñeron aquellos horribles combates cuerpo á cuerpo, á bayonetazos, á puñaladas, á bocados; las casas taladradas, defendidas aposento por aposento entre llamas y ruinas; las estrechas escaleras por donde corrió la sangre; los tristes patios que resonaron con gritos de dolor y desesperacion, que se cubrieron de cadáveres destrozados, que vieron todos los horrores de la peste, del hambre y de la muerte!

De calle en calle, fui á parar frente á la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, la Virgen terrible de quien impetraba proteccion y valor la escuálida muchedumbre de soldados, ciudadanos y mujeres ántes de

ir á morir sobre las brechas. El pueblo de Zaragoza ha conservado por ella el fanatismo antiguo, y la venera con sentimiento particular de amoroso terror, vivo aún en el ánimo de la gente á quien es extraño todo otro sentimiento religioso. Desde que entreis en la plaza y alceis los ojos hácia la iglesia, hasta el momento en que saliendo de ella os volvais á mirarla por última vez, cuidáos bien de no sonreír ni hacer por distraccion un acto que pueda parecer irreverente; porque hay quien os ve y tiene el ojo sobre vosotros, y caso necesario os sigue. Y si la fé está muerta en vuestra alma, disponedla, ántes de atravesar el umbral sagrado, á un confuso despertarse de todos los terrores infantiles; que pocas iglesias en el mundo tienen como ésta la virtud de despertarlos en los corazones más helados y más fuertes.

La primera piedra de Nuestra Señora del Pilar fué puesta en 1686, en el lugar donde estaba la capilla alzada por Santiago para depositar la imágen milagrosa de la Virgen que se conserva allí todavía. Es un edificio inmenso, de base rectangular, rematado por once cúpulas, y cubierto de tejas de colores que le dan un gracioso aire morisco; los muros carecen de adornos y son de color ceniciento. Entrais: es una vasta iglesia, oscura, desnuda, fría, dividida en tres naves y rodeada de capillas modestas. La vista corre en seguida al santuario que se levanta en medio: allí está la estatua de la Virgen: es como un templo en el templo, que podría estar solo en mitad de la plaza si se derribase él edificio que lo sostiene y circunda. Bellas columnas de mármol, dispues-

tas en elipse, soportan una cúpula ricamente esculpida, abierta en la parte superior y adornada en torno de la abertura con atrevidas figuras de ángeles y santos. En medio está el altar mayor; á la derecha la imágen de Santiago; á la izquierda, en el fondo, bajo techumbre de plata que brilla sobre amplio dosel de terciopelo cuajado de estrellas, entre el resplandor de millares de votos, á la luz de innumerables lámparas, la estatua famosa de la Virgen, puesta allí hace diez y nueve siglos por Santiago, esculpida en madera, ennegrecida por el tiempo, toda cubierta, excepto su cabeza y la del niño, con una soberbia dalmática. Por delante, entre las columnas, alrededor del santuario; y á lo léjos, en el fondo de las naves, en todos los lugares desde donde la vista puede llegar á la venerada imágen, fieles de rodillas, prosternados, con la cabeza casi en tierra, con las manos en cruz: mujeres del pueblo, obreros, señoras, muchachos. Por las diversas puertas de la iglesia un continuo venir de gente á paso lento, sobre la punta de los piés, con aspecto grave; y en aquel profundo silencio, ni un murmullo, ni una tos, ni un suspiro: la vida de aquella muchedumbre parece suspensa, como si se aguardase por todos una aparicion divina, una voz milagrosa, una cualquiera revelacion tremenda de aquel misterioso santuario. Hasta el que no cree ni reza se ve obligado á fijar la mirada donde se fijan todas las miradas, y el curso de sus pensamientos se detiene en una espectacion inquieta. ¡Oh! sonase al fin aquella voz, pensaba yo; y se siguiera á ella la apari-

cion, aunque fuese una palabra ó un espectáculo que me hiciera temblar de espanto y me arrancara un grito jamás oído sobre la tierra, con tal que me librase para siempre de ésta horrible duda que me roe el cerebro y me contrista la vida!

Intenté penetrar en el santuario, y no lo conseguí: hubiera debido pasar sobre las espaldas de un centenar de fieles, cada uno de los cuales comenzaba ya á mirarme con recelo, porque andaba de aquí para allá con un cuaderno y un lápiz entre las manos. Quise bajar á la cripta subterránea, donde están las tumbas de los arzobispos y la urna que guarda el corazón del segundo don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; no me lo consintieron. Pedí permiso para ver los vestidos, el oro y piedras preciosas que derramaron á los piés de la Virgen los grandes, príncipes y monarcas de todas las edades y países; me respondieron que aquella no era la hora oportuna; y ni áun mostrando una peseta reluciente pude corromper al honrado sacristan. No rehusó, sin embargo, darme algunas noticias acerca del culto de la Virgen, cuando para entrar en su gracia le dije que era nacido en Roma, en el barrio Pío, y que desde el mirador de mi casa se veían las ventanas del aposento del Papa.

—Es un hecho,—me dijo,—casi milagroso, y que no se creeria si no lo atestiguara la tradicion, que desde el tiempo remotísimo en que fué puesta sobre su pedestal la estatua de la Virgen, hasta el dia en que vivimos, excepto las noches, porque de noche está cerrada la iglesia, no se ha quedado vacío el san-

tuarío un momento, ni un momento siquiera, en todo el rigor de la palabra. Nuestra Señora del Pilar no ha estado nunca sola. En el pedestal de la estatua han hecho á fuerza de besos un hueco que podría contener mi cabeza. Ni los mismos árabes tuvieron valor para prohibir el culto de Nuestra Señora; la capilla de Santiago fué respetada siempre. Muchas veces ha caído el rayo sobre la Iglesia, junto al santuario, dentro también, en medio de la gente agolpada: pues bien, que nieguen las malas almas la protección de la Virgen, nunca ha cogido á nin-gu-no! ¿Y las bombas de los franceses? Bien han quemado y arruinado edificios; pero cuando caían sobre la iglesia de Nuestra Señora era como si cayeran sobre las rocas de Sierra Morena. ¿Y cree usted que los franceses, que hicieron mangas y capirotos en todas partes, tuviesen aliento para tocar los tesoros de Nuestra Señora? Sólo un general se permitió tomar un cintillo para regalárselo á su esposa, ofreciendo en cambio á la Virgen un rico donativo; pero ¿sabe Vd. lo que le sucedió? En la primera batalla una bala de cañon se le llevó una pierna. No hay barba de general ni de rey que haya impuesto nunca á Nuestra Señora. Además, que está escrito allá arriba que esta iglesia durará hasta el fin del mundo...

Y siguió adelante con cosas por el estilo, hasta que desde un rincón oscuro de la sacristía un sacerdote le hizo cierto signo misterioso: entonces me saludó y se fué,

Al salir de la iglesia, con la imaginacion enteramente ocupada por la imágen del solemne santuario, encontré una larga fila de carros carnavalescos precedidos por una banda musical, acompañados de la multitud y seguidos de gran número de carruajes, que iban hácia el Coso. No recuerdo haber visto nunca caretas más grotescas, más cómicas, más disparatadas que las que llevaban aquellas máscaras: eran tales, que áun hallándome solo, y poco inclinado á la alegría, no pude ménos de reir como al final de un soneto de Fucini. El puéblo estaba, sin embargo, sério y silencioso, y las máscaras llenas de gravedad: hubiérase dicho que podia más en todos el presentimiento melancólico de la Cuaresma que el júbilo pasajero del Carnaval. Ví alguna linda cara en las ventanas; pero ningun tipo todavia de esa hermosura propiamente llamada española, de tez oscurecida y negros cjos de fuego, que Martinez de la Rosa, emigrado en Lóndres, recordaba con tan ardientes suspiros en medio de las bellezas del Norte. Pasé por entre dos carruajes rompiendo la muchedumbre, me echaron algunos juramentos que trasladé en seguida á mi cuaderno, y atravesando á la ligera dos ó tres callejuelas, salí á la plaza de San Salvador, delante de la catedral que le da nombre, llamada tambien la Seo, más rica y espléndida que Nuestra Señora del Pilar.

La fachada greco-romana, aunque de majestuosas proporciones, y la torre, alta y ligera, no disponen al grandioso espectáculo interior. Al entrar me hallé sumido en las tinieblas; ocultáronseme por un mo-